

ESCENA XV.

HAMLET, HORACIO, COMICO 1.º,
COMICO 3.º

HAMLET.

(Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen despues. Los Cómicos 1.º y 3.º estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus órdenes.)

El ciervo herido llora,
Y el corzo no tocado
De flecha voladora,
Se huelga por el prado:
Duermes aquel, y á deshora
Veis este desvelado:
Que tanto el mundo va desordenado (13).

Y dígame, señor mio: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podría hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.

Mediano papel.

HAMLET.

Mediano? escelente.

Tú sabes, Damon querido,
Que esta nacion ha perdido
Al mismo Jove, y violento
Tirano le ha sucedido
En el trono mal habido,
Un... ¿quien diré yo? un... un sapo.

HORACIO.

Bien pudierais haber conservado el consonante.

HAMLET.

Oh! mi buen Horacio: cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.

Si señor, bien lo he visto.

HAMLET.

¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO.

Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.

Ah! Quisiera algo de música (*A los cómicos*): traedme unas flautas.... Si el Rey no gusta de la comedia, será sin duda porque... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

ESCENA XVI.

HAMLET, HORACIO, RICARDO,
GUILLERMO.

GUILLERMO.

Señor, ¿permitiréis que os diga una palabra?

HAMLET.

Y una historia entera.

GUILLERMO.

El Rey...

HAMLET.

Muy bien, ¿qué le sucede?

GUILLERMO.

Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

HAMLET.

¿De vino, eh?

GUILLERMO.

No señor, de cólera.

HAMLET.

Pero ¿no seria mas acertado irselo á contar al médico? ¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente?

GUILLERMO.

Oh! señor, dad algun sentido á lo que hablais, sin desentenderos con tales extravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET.

Estamos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO.

La Reina vuestra madre, llena de la mayor afliccion, me envia á buscaros.

HAMLET.

Seais muy bien venido.

GUILLERMO.

Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si quereis darme una respuesta sensata, desempeñaré el encargo de la Reina; si no, con pedirlos perdon y retirarme se acabó todo.

HAMLET.

Pues señor, no puedo.

GUILLERMO.

Como?

HAMLET.

Me pides una respuesta sensata, y mi razon está un poco achacosa: no obstante, responderé del modo que pueda á cuanto me mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...

RICARDO.

Señor lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiracion.

HAMLET.

¡Oh maravilloso hijo! que asi ha podido aturdir á su madre. Pero dime, ¿esa admiracion no ha traído otra consecuencia? ¿No hay algo mas?

RICARDO.

Solo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vais á recoger.

HAMLET.

La obedeceré, si diez veces (14) fuera mi madre. ¿Tienes algun otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO.

Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimabais mucho.

HAMLET.

Y ahora tambien. Te lo juro, por estas manos rateras.

RICARDO.

Pero ¿cual puede ser el motivo de vuestra indisposicion? Eso, por cier-

to, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

HAMLET.

Estoy muy atrasado.

RICARDO.

¿Como es posible, cuando teneis el voto del Rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.

Sí, pero mientras nace la yerba.... Ya es un poco antiguo el tal refran. Ah! ya están aquí las flautas.

ESCENA XVII.

COMICO 3.º Y DICHOS.

HAMLET.

Dejadme ver una... ¿A qué tengo de ir ahí? (*Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademan obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.*) Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, segun me cercas por todos lados.

GUILLERMO.

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligacion me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero tambien é importuno.

HAMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.

Yo no puedo, señor.

HAMLET.

Vamos.

GUILLERMO.

De veras que no puedo.

HAMLET.

Yo te lo suplico.

GUILLERMO.

Pero si no sé palabra de eso.

HAMLET.

Mas fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demas dedos segun convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca, y verás que lindo sonido resulta. Ves? Estos son los puntos.

GUILLERMO.

Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...

HAMLET.

Pues mira tú en que opinion tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes estraer lo mas intimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al mas agudo de mis tonos; y vé aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mi con mas facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento, que quieras; por mas que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

ESCENA XVIII.

POLONIO Y DICHOS.

HAMLET.

Oh! Dios te bendiga.

POLONIO.

Señor, la Reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET.

¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO.

Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET.

Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO.

No hay duda, tiene figura de comadreja.

HAMLET.

O como una ballena.

POLONIO.

Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.

Pues al instante iré á ver mi madre. Tanto harán estos, que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

POLONIO.

Así se lo diré.

HAMLET.

Fácilmente se dice: al instante viene. .. Dejadme solo, amigos.

ESCENA XIX.

HAMLET.

Este es el espacio (15) de la noche apto á los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podria yo beber caliente sangre: ahora podria ejecutar tales acciones, que el dia se estremeciese al verlas. Pero vamos á ver á mi madre. ¡Oh corazon! no desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiera de Neron. Déjame ser (16) cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla esté en mis palabras, no en mi mano: disimulen el corazon y la lengua: sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

ESCENA XX.

(Gabinete.)

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

No, no le quiero aquí, ni conviene á nuestra seguridad dejar libre el campo á su locura. Prevenios, pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya esponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

GUILLERMO.

Al momento dispondremos nuestra marcha. El mas santo y religioso temor es aquel que procura la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de vuestra Majestad.

RICARDO.

Si es obligacion en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuanto mas lo será conservar aquella en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega á faltar el monarca, no muere él solo, sino que á manera de un torrente precipitado arrebata consigo cuanto le rodea: como una gran rueda colocada en la cima del mas alto monte, á cuyos enormes rayos están asidas innumerables piezas menores, que si llega á caer no hay ninguna de ellas, por mas pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el soberano exhala un suspiro, sin escitar en su nacion general lamento.

CLAUDIO.

Yo os ruego que os prevengais sin dilacion para el viaje. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

LOS DOS.

Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

ESCENA XXI.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre: voy á ocultarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprenderá fuertemente; y como vos mismo habeis observado muy bien, conviene que asista á oír la conversacion alguien mas que su madre, que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas sucede. Quedaos á Dios: yo volveré á veros antes que os recojais, para deciros lo que haya pasado.

CLAUDIO.

Gracias, querido Polonio.

ESCENA XXII.

CLAUDIO.

¡Oh, mi (17) culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldicion mas terrible: la muerte de un hermano. No puedo recogerme á orar, por mas que eficazmente lo procuro; que es mas fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos obligaciones llaman, me detengo á considerar por cual empezaré primero, y no cumplo ninguna... Pero si este brazo execrable estuviese aun mas teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los Cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿De qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oracion sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirirnos el

perdon habiendo caído?... Sí, alzaré mis ojos al Cielo, y quedará borrada mi culpa... Pero ¿que género de oración habré de usar? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí... Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad: mi ambición, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdon cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes: no así en el Cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á reconocer nuestras faltas todas sin excusa, sin rebozo alguno... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... ¿y qué no podrá?... Pero ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh situación infeliz! ¡Oh conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mia aprisionada! que cuanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. ¡Ángeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces; y tú, corazón mio de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse.

(Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillón.)

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, HAMLET.

HAMLET.

Esta es la ocasión propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... (Saca la espada; da algunos pasos en ademán de ir á herirle; se detiene, y se

retira otra vez hácia la puerta.) Y así se irá al Cielo... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la Gloria: ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? Él sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que mayo tiene flores... ¿Quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? Pero según nuestra razón concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedaré vengado dándole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar y espera ocasión de ejecutar mas tremendo golpe. Cuando esté (18) ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ú cometa acciones contrarias á su salvación, hiérole entonces: caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. (Envaina la espada.) Mi madre me espera. Malvado, esta medicina que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

ESCENA XXIV.

CLAUDIO.

Mis palabras suben al Cielo, mis afectos quedan en la tierra. (Se levanta con agitacion.) Palabras sin afectos nunca llegan á los oídos de Dios.

ESCENA XXV.

(Cuarto de la Reina.)

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

Va á venir al momento. Mostradle entereza: decidle que sus locuras han

sido demasiado atrevidas é intolerables; que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignación que escitó. Yo entretanto (19) retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

HAMLET, gritando desde adentro.

Madre! madre!

GERTRUDIS.

Así te lo prometo: nada temo. Ya le siento llegar. Retírate.

(Polonio se oculta detrás de unos tapices.)

ESCENA XXVI.

GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO.

HAMLET.

¿Qué me (20) mandais, señora?

GERTRUDIS.

Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.

Madre, muy ofendido tenéis al mio.

GERTRUDIS.

Ven, ven aquí: tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.

Voy, voy allá... y vos me preguntais con lengua bien perversa.

GERTRUDIS.

¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET.

¿Y qué es eso, madre?

GERTRUDIS.

¿Te olvidas de quien soy?

HAMLET.

No, por la cruz bendita que no me olvido. Sois la Reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... ojalá no fuera así... Eh! sois mi madre.

GERTRUDIS.

Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con mas acuerdo.

HAMLET.

Venid (Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la hace sentar-), sentaos, y no saldréis de aquí, no os moveréis, sin que os ponga un espejo delante en que veais lo mas oculto de vuestra conciencia.

GERTRUDIS.

¿Qué intentas hacer? ¿Quieres matarme?... ¿Quién me socorre?... Cielos!

(Al ver Gertrudis la extraordinaria agitación que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita desfavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto, y despues se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detrás de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el buito que halla, y prosigue hablando con su madre.)

POLONIO.

Socorro pide... oh!...

HAMLET.

¿Qué es esto?... Un raton.... Murrió... (21) Un ducado á que ya está muerto.

POLONIO.

¡Ay de mí!

GERTRUDIS.

¿Qué has hecho?

HAMLET.

Nada... ¿Qué sé yo?... ¿Si seria el Rey?

GERTRUDIS.

¡Que acción tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.

Es verdad, madre mia, acción sangrienta, y casi tan horrible como la de matar á un rey y casarse despues con su hermano.

GERTRUDIS.

¿Matar á un rey?

HAMLET.

Si señora, eso he dicho. (Alza el

tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo.) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco.... A Dios. Yo te tomé por otra persona de mas consideracion. Mira el premio que has adquirido: ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad. (Volviendo á hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo.) No, no os torzáis las manos.... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazon. Así he de hacerlo, si no le teneis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS.

¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.

Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresia á la virtud; arrebatá las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella; que hace mas péfidos los votos conyugales que las promesas del tahir; una accion que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras; una accion, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desórden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GERTRUDIS.

¡Ay de mí! ¿Y que accion es esa, que así exclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

HAMLET.

Veis aquí presentes en esta y esta pintura (Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del rey Hamlet, y otro de Claudio.) los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuanta gracia re-

sidia en aquel semblante! Los cabellos (22) del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante á la del mensajero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡ Hermosa combinacion de formas, donde cada uno de los dioses imprimió su carácter para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fue vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizon destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿ Pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo? Ah! ¿lo veis bien?.. Ni podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia: ¿y que prudencia descenderia desde aquel á este? Sentidos teneis, que á no ser así, no tuvierais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error; ni el frenesi tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible.... ¿Que espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oidos, el olfato solo, una débil porcion de cualquier sentido, hubiera bastado á impedir tal estupidez... ¡Oh modestia! ¿y no te sonrojás? ¡Rebelde inferno! si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se

LA SOMBRA.

enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye al corazon.

GERTRUDIS.

¡Oh Hamlet! no digas mas.... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.

¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso, envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!...

GERTRUDIS.

No mas, no mas, que esas palabras como agudos puñales hieren mis oidos... No mas, querido Hamlet.

HAMLET.

Un asesino.... un malvado.... vil... inferior mil veces á vuestro difunto esposo... escarnio de los reyes, ratero del imperio y el mando, que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

GERTRUDIS.

No mas...

ESCENA XXVII.

GERTRUDIS, HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

Un rey de botarga.... ¡Oh espíritus (23) celestes! defendedme, cubridme con vuestras alas... ¿Que quieres, venerable sombra?

GERTRUDIS.

Ay! que está fuera de sí.

HAMLET.

¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasion y la tardanza, olvida la importante ejecucion de tu precepto terrible?... Habla.

No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor casi estinguído. Pero, ves? Mira como has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginacion obra con mayor violencia en los cuerpos mas débiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.

¿En qué pensais, señora?

GERTRUDIS.

¡Ay triste! ¿y en qué piensas tú, que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo?... Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles; y tus cabellos que pendian, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion la paciencia fria... ¿A quien estás mirando?

HAMLET.

A él, á él... ¿Le veis que pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras.... Ay! no me mires así: no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles; no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTRUDIS.

¿A quien dices eso?

HAMLET.

¿No veis nada allí?

GERTRUDIS.

Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.

¿Ni oisteis nada tampoco?

GERTRUDIS.

Nada mas que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.

Mirad allí... ¿Le veis?... Ahora se va... Mi padre... con el traje mismo que se vestía... ¿Veis por donde va?... Ahora llega al pórtico.

ESCENA XXVIII.

GERTRUDIS, HAMLET.

GERTRUDIS.

Todo es efecto de la fantasía. El desórden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

HAMLET.

Desórden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo y anuncia igual salud en sus compases... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y veréis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah madre mía! en merced os pido que no apliqueis al alma esa unción halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograréis solo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe... Confesad al Cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no estendáis el beneficio sobre las malas yerbas, para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdón al vicio; y aun para hacerle bien, le halaga y le ruega.

GERTRUDIS.

¡Ay Hamlet! tú despedazas mi corazón.

HAMLET.

Si? Pues apartad de vos aquella porción mas dañada, y vivid con la que resta mas inocente. Buenas noches... Pero no volvais al lecho de mi tío. Si careceis de virtud, aparentad-

la al menos. La costumbre (24), aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demás es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche: este esfuerzo os hará mas fácil la abstinencia próxima, y la que siga despues hallaréis mas fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresión misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones, y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspireis de veras á la bendición del Cielo, entonces yo os pediré vuestra bendición... La desgracia de este hombre (*Hace ademán de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez, vuelve á hablar á Gertrudis.*) me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así: á él le ha castigado por mi mano, y á mi tambien precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga, y sabré justificar la muerte que le di. Basta. Buenas noches. Porque (25) soy piadoso, debo ser cruel, ve aquí el primer daño cometido; pero aun es mayor el que despues ha de ejecutar-se... Eh! escuchad otra cosa.

GERTRUDIS.

¿Cual es? ¿Qué debo hacer?

HAMLET.

No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Debeis declarar al Rey cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio.... Si, decidse; porque ¿como es posible que una reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel (26) gato viejo, murciélago, sapo torpísimo? ¿Como seria posible callárselo?

Id, y á pesar de la razon y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer experiencias), meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GERTRUDIS.

No, no lo temas; que si las palabras se forman del aliento, y este anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.

¿Sabeis que debo ir á Inglaterra?

GERTRUDIS.

Ah! ya lo habia olvidado. Si, es cosa resuelta.

HAMLET.

He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos discípulos (de quienes yo me fiaré como de

una vívora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, facilitarme la marcha, y conducirme al precipicio. Pero yo los dejaré hacer; que es mucho gusto ver volar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas, ó yo escavaré una vara no mas debajo de sus minas, y les haré saltar hasta la luna. ¡Oh, es mucho gesto cuando un pícaro tropieza con quien se las entiende!... Este hombre me hace ahora su ganapan... (*Quiere llevar á cuevas el cadáver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pie, y se le lleva arrastrando.*) le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Madre, buenas noches... Por cierto que el señor consejero (que fue en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.